

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Selecto

Su precio es de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 440

25 CTS.



**El templo
de los
gigantes**

POR
Ralph Ince
y
Jola Méndez

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: | Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco-Mario Bistagne | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 440

El templo de los gigantes

Adaptación de la novela del mismo título
de **Robert Wells**

Interpretada y dirigida por **Ralph Ince**,
secundado por **Jola Méndez**,
Rex Lease, etc.



Selección **Diamante Azul** de

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
MARY NOLAN

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura



El templo de los gigantes

Argumento de la película

I

Sentado en un sillón, con los pies sobre la mesa de trabajo y un puro en la boca, el ingeniero Guillermo R. Wellman leía un periódico. Sus ojos tropezaron con un suelto para él muy interesante:

“EN TORNO AL ASUNTO DEL AGUA

Gracias al ingeniero Wellman, la ciudad tendrá agua potable en abundancia. La Compañía de Aguas de Brockton, famosa por sus servicios deficientes, va a ser desbancada por el gran Wellman.”

La grata lectura fué interrumpida por Eduardo Barker, colaborador y amigo de Wellman.

Al punto se echaba de ver en éste que no era la generosidad cualidad de su carácter. Tenía esa mirada vivaz, penetrante y osada del hom-

bre concupiscente e insaciable. "Dinero y más dinero". Este era su lema. Respecto al modo de adquirirlo, ninguno le parecía malo. Sólo la conciencia puede ser un freno en estos casos, y Barker no tenía conciencia.

El ingeniero acusaba una condición moral muy distinta. Era el hombre de inteligencia poderosa y espíritu fuerte, capaz de concebir y triunfar en las empresas más descomunales. Lo que era se lo debía a sí mismo. Después de esto, nada podía parecerle difícil.

Barker, sonriendo torcidamente—no sabía sonreír de otro modo—, dijo:

—Estará usted satisfecho del comentario que le dedica el "Post".

—¡Bah! No me importa mucho lo que opine la Prensa. Lo necesario es que salga todo como se ha previsto.

—¿Y la opinión de Brower le importa?

—Menos aún. Brower ha fracasado como director de la Compañía. ¿Qué culpa tengo yo de que sea un necio?

—Sin embargo, él fué quien le trajo aquí.

—Me trajo para que dijera lo que él había dicho antes: que no se podía traer a la ciudad el agua del río. Pero yo vi que sí que se podía traer y lo dije francamente. Esto le ha desprestigiado ante el Consejo de la Compañía y ante la ciudad entera. Cuando presente los planos a la Compañía, Brower habrá de dimitir. Sólo eso se espera. La Compañía no tiene más remedio que supeditarse a mí. De otro modo, corre el peligro de que realice la obra por mi cuenta. Créame, amigo Barker: tengo la conciencia tranquila. Si Brower es un necio y llevó su

necedad hasta el extremo de querer que lo fuera yo también, sólo suya es la culpa de lo que le sucede.

Y volvió a absorberse tranquilamente en la lectura del periódico.

* * *

Brower, el director de la Compañía de Aguas, estaba leyendo también el "Post", pero con gesto muy distinto al que animaba el semblante de Wellman, cuando ante él se presentó Felipe Harley, el reporter más hábil de dicho periódico.

Era un muchacho joven y de mirada inteligente. La decisión y el valor regían todos sus actos.

—¿Qué hace usted aquí?—exclamó Brower al verle—. ¿Por dónde ha entrado?

—Por la puerta.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar?

—Nadie. Los reporteros no podemos andarnos con etiquetas. Tenemos siempre el tiempo tasado.

—¡Salga usted de aquí inmediatamente!

—Antes quiero enseñarle una cosa. Es un piadoso aviso para que tenga usted tiempo de tomar sus medidas. ¿Conoce usted esta carta?

Brower reconoció al punto su letra y la comprometedor carta que había escrito días atrás a Wellman.

Se la arrebató de un zarpazo, pero el reporter sonrió con indiferencia.

—Guardamos fotografía de esa carta, señor Brower. De modo que se la puede usted quedar.

Y como veo que se está excitando demasiado, me voy. Volveré cuando esté más tranquilo.

—¡Aquí no ha de volver para nada!

—Sí, señor. Esta misma noche. Necesito unos datos. No olvide usted que tengo una fotografía de su carta.

Apenas se cerró la puerta, Brower cogió el teléfono y llamó a Wellman.

—El "Post" tiene una fotografía de la carta que escribí a usted últimamente.

—¿Y qué?

—Que es una carta que me compromete.

—¿Quién le manda a usted escribir cartas comprometedoras?

—Me ha traicionado usted.

—Basta, señor Brower. Se le va a usted la lengua con excesiva facilidad. Arrojé la carta de usted al cesto porque no me interesaba lo que en ella me decía. Si la habilidad de un reportero ha sabido hacerla llegar a sus manos, felicito al reportero y le compadezco a usted.

Y colgó el auricular.

II

En el salón, reunida con sus amigas, bailando o tocando el piano, estaba Adriana, una muchacha muy linda y muy buena. Esto último se leía en su semblante sin dificultad. Aquellos ojos dulces y angelicales no podían ser sino las válvulas de un corazón generoso.

Adriana era hermana del ingeniero. Desde que murieran sus padres, el hermano, que entonces

comenzaba a luchar por la vida, les había sustituido sin dejar por ello su puesto de hermano. Para Adriana, era el ingeniero, hermano, amigo y padre, todo a un tiempo mismo.

A Adriana no le gustaba Barker, pero su noble corazón no podía llevarla a detestarlo. El odio, la aversión e incluso la enemistad eran sentimientos que no cabían en el alma de Adriana.

Barker la amaba en secreto. Es decir, amarla no, porque el corazón de aquel hombre no estaba dotado para tan altas posibilidades; no era amor, sino todo lo demás que puede sentir un hombre ante una mujer.

Ahora había dejado a Wellman y rondaba por el salón a la sombra de Adriana, mientras el ingeniero, en la soledad de su despacho, daba a sus proyectos los últimos toques.

El criado había interrumpido a Wellman.

—El señor Brower desea hablarle.

—¡Maldito viejo!—exclamó Wellman malhumorado—. Acaba de telefonarme y ya le he dicho todo cuanto le tenía que decir. Dígame usted que estoy muy ocupado.

Pero Brower estaba ya al lado del ingeniero. Al oír la orden desde la puerta, se apresuró a entrar.

—Perdone, Wellman, pero he de arreglar con usted un asunto de importancia y no puedo marcharme sin dejarlo listo.

Wellman alejó al criado con un gesto y se quedó mirando fijamente a Brower.

Este comenzó a hablar. Los proyectos del ingeniero le llevaban a la ruina. Perdería su puesto en la Compañía de Aguas.

—La culpa es suya, Brower. Me parece que se lo he dicho otras veces.

—Usted podía haber arreglado las cosas de modo que no me perjudicaran.

—Comprendo. Debí dejar que expusiera usted la idea como suya.

—De todas formas, usted habría sido el ingeniero encargado de realizar la obra.

—Perdone, querido amigo. Me ha costado mucho llegar a lo que he llegado y lo que es mío para mí lo quiero.

—Me ha traicionado usted, Wellman. Gracias a mí tiene usted este negocio, y ahora me excluye, me arruina.

Wellman se levantó. Extrajo de la carpeta un papel, mojó en el tintero una pluma y se la ofreció a Brower, mientras le decía:

—Firme usted su dimisión. Dos veces ha pronunciado usted esa palabra que a nadie he consentido, dos veces me ha llamado usted traidor. Firme. Su sucesor será, a buen seguro, más prudente que usted.

Brower se estremeció de cólera.

—No se burlará usted de mí, Wellman.

Y sacó un revólver y le apuntó.

Pero Wellman, rápidamente, saltó sobre él y le cogió el armado brazo. Le fué fácil hacerle soltar el revólver y, de un empujón, le arrojó contra la chimenea.

—Imbécil. ¿Cree usted que los negocios pueden arreglarse a tiros?

Brower había caído a lado mismo del hogar.

Esperó Wellman que se levantara. Pero el caído ni siquiera se movía. Se acercó el ingeniero y vió que un rictus de horror contraía su

boca y que en su sien había una pequeña herida.

—¡Brower! ¡Brower!—le llamó.

Pero nada se movía en el rostro ni en el cuerpo de Brower.

Aterrado, presa de una sospecha horrible, le buscó el corazón con la mano.

No latía. Brower estaba muerto.

Retrocedió al centro de la estancia para recapacitar sobre lo que acababa de suceder y cuando ya la niebla del desconcierto comenzaba a dejar libre su mente, se oyeron unos golpes en la puerta del despacho que comunicaba con el salón.

Al mismo tiempo se dejó oír la voz de Adriana.

—Guillermo, nuestros amigos se van. Sal a despedirlos.

Azorado, miró a un lado y a otro, buscando el sitio donde esconder el cadáver.

Al fin, no encontrándolo, corrió un sofá hasta el cadáver y éste quedó cubierto por el mueble.

Se serenó mediante un esfuerzo sobrehumano y abrió la puerta.

Después de saludar y despedir a los invitados, vió con horror que Adriana se dirigía al despacho.

Entró. Detrás de ella penetró el ingeniero y pudo impedir que Adriana se dirigiera a la chimenea.

—Vete, Adriana. Antes de acostarme he de dejar algunas cosas listas.

Y, al mismo tiempo, la arrastraba al exterior.

La llevó hasta el pie de la escalera, que estaba a dos pasos de la puerta del despacho.

—Hasta mañana, Adriana, No quiero acostarme tarde y voy a continuar en seguida.

En este momento llegó Barker, quien, después de acercarse a saludar a Adriana, dirigióse al despacho y entró.

Los ojos de Wellman se dirigieron hacia allí con expresión anhelante.



Después de saludar y despedir a los invitados...

—¿Qué te sucede, Guillermo?—inquirió Adriana—. Advierto algo extraño en ti.

—¡Bah!—sonrió Wellman.

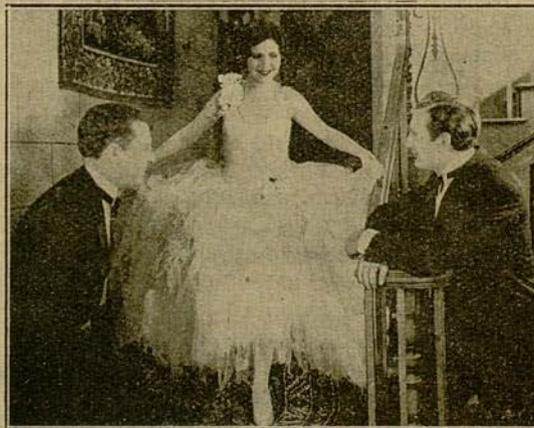
—Sí, sí. Estás aturdido, preocupado.

—Sin embargo, nada me preocupa más que tu felicidad.

—¿Cómo no he de ser feliz teniendo un hermano como tú?

Momentáneamente, se olvidó Guillermo de que Barker estaba en el despacho, para abrazar conmovido a su hermana.

—¡Dios quiera que siempre pienses como hoy Y le dió un beso y ella subió las escaleras.



En este momento llegó Barker...

De trecho en trecho se volvía para dirigirle alguna palabra de alegre despedida.

Y Guillermo, aunque sonreía, pensaba horroizado: "Barker lo habrá descubierto todo".

* * *

Cuando entró en el despacho comprobó que sus sospechas eran ciertas.

Barker se había acercado al sofá y había visto tras él el cuerpo yerto de Brower.

Después encontró el revólver del director, en el suelo, y examinándolo estaba cuando entró Wellman.

Barker le dirigió una mirada de inteligencia, de complicidad.

Pero Wellman protestó en seguida.

—Nada de eso, Barker. El revólver está sin disparar. Ha sido un accidente.

Y explicó cómo había sucedido todo.

Al terminar, se dirigió al teléfono.

—¿Qué va usted a hacer?

—Avisar a la policía.

Barker le impidió descolgar el auricular.

—No haga usted locuras. ¿Cree usted que darían crédito a sus palabras?

—Es verdad, es verdad—exclamó Wellman como hablando consigo mismo—. Sin embargo, creo que debía arrostrarlo todo.

Pero a Barker no le convenía en modo alguno que el negocio se viniera abajo cuando ya estaba a punto de realizarse y halló el argumento que convencería a su socio.

—Piense usted en su hermana. Quedará sola en el mundo, expuesta a todas las contingencias.

—Sí, sí. Tiene usted razón, Barker. Es preciso idear algo.

Y se dieron a cavilar. Barker, con su astucia para el mal, no tardó en descubrir un camino de salvación.

Comunicándolo estaba a Wellman cuando sonó el timbre de la puerta.

III

Era Felipe Harley. Iba a la caza de Brower, y al ver el automóvil ante la casa de Wellman, dedujo que estaba allí.

Hubo de llamar varias veces para que fueran a abrirle. Lo hizo Adriana, porque los criados estaban por las habitaciones del segundo piso.

Wellman, desde el despacho, aguzó el oído.

Al oír que el reportero preguntaba por él, preguntó a Barker:

—¿Qué hago?

—Salga usted a recibirle. Yo, entretanto, haré lo demás.

Salió Wellman.

El reportero explicó:

—Necesito obtener esta misma noche unos datos que sólo el señor Brower puede darme.

—¿Por qué busca a ese señor en esta casa?

—Porque sé que está aquí. He visto fuera su auto.

—El auto que usted ha visto—repuso Wellman, esforzándose por aparentar tranquilidad—, es el de Brower... De todas formas, como viene usted en busca de noticias sensacionales, yo le daré una. Brower no pertenece ya a la Compañía.

Y le empujó, poco a poco, hacia la puerta, y le obligó a salir.

Harley corrió hacia su pequeño auto y saltó a él con la idea de llevar cuanto antes la noticia a su periódico.

Pero algo le detuvo.

En aquel momento, alguien ocupaba el auto de Brower. Le pareció que era el mismo Brower, aunque la oscuridad le impedía precisarlo.

Arrancó el auto y Harley emprendió la persecución. Si además de la noticia que le había dado Wellman lograba los datos de Brower, el "Post" del día siguiente sería el número más sabroso de la temporada.

* * *

Muy difícil había sido a Barker subir al auto con el cadáver, de modo que pareciera que era sólo el muerto el que ocupara el volante.

Una vez sentado, le fué fácil acomodar a la víctima sobre él y colocar sobre el volante sus manos. Así, estaba tan seguro de que el muerto sólo quedaba visible, que, al advertir que el reportero le seguía, dejó que le alcanzara.

Le permitió que durante unos segundos colocara su coche junto al de Brower y mirara a través de la ventanilla.

Después volvió a oprimir el acelerador.

En efecto, Harley sólo vió el perfil de Brower y sus manos asidas al volante. Le pareció que iba embriagado, pues advirtió que su cabeza no conservaba bien el equilibrio.

Pero esto no pudo ser más que una sospecha porque la noche era oscura y la ojeada fué rápida.

Se volvió Barker. Al ver que el auto del reportero se había quedado muy atrás, resolvió poner término a la comedia.

Después de tomar una curva muy pronunciada que le ponía a cubierto de las miradas de Harley, saltó del auto.

Fué rodando por la pendiente que había al lado del camino, pero la abundante vegetación suavizó su caída.

Cuando Harley tomó la curva vió que el auto de Brower desviaba hacia la derecha. ¡Y a la derecha había un barranco!

Se ratificó en su idea de que Brower estaba embriagado y oprimió el acelerador, por si podía evitar la desgracia.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles. El auto de Brower cayó al precipicio.

Detuvo el suyo Harley y, dando un rodeo, bajó al fondo del barranco. El auto estaba destrozado y, entre las astillas, se veía el cuerpo de Brower.

Se acercó a él. Encendió una cerilla y examinó su rostro, destrozado. Al tomarle el pulso, comprobó algo que le hizo reflexionar. El cadáver estaba frío, como si hiciera varias horas que había muerto.

Volvió a la carretera y emprendió el regreso. Pero, en vez de dirigirse al periódico, se fué a casa de Wellman.

El mismo salió a abrirle.

—Brower ha muerto— dijo escuetamente Harley—. ¿Me permite utilizar el teléfono para comunicarlo a mi periódico?

El ingeniero accedió y condujo al reportero al despacho.

Mientras el periodista telefoneaba, Wellman permanecía a su lado. Le interesaba sobremanera oír cómo el joven daba la noticia a su periódico.

—¿Es el "Post"?... Oiga, señor Piks, Brower ha muerto. No sé, en realidad, si se trata de un accidente.

Miró con fijeza a Wellman y añadió:

—O de un suicidio.

Inmediatamente, dejó a Wellman para dirigirse al periódico.

El señor Piks, el director, le esperaba ante su mesa, abarrotada de pruebas y cuartillas.

—¿Qué le ha pasado, Harley?

El muchacho le refirió todo lo ocurrido durante la noche. El final del relato sorprendió a Piks.

—No se trata de un suicidio, como le he dicho por teléfono. El cadáver estaba frío inmediatamente después del accidente.

—Es curioso... es curioso...—comentó el director en actitud pensativa.

De pronto, añadió:

—Es casi seguro que mañana vendrá Wellman a visitarnos. Déjeme hacer la noticia ahora y vuelva después a tomar instrucciones.

IV

En efecto, a la mañana siguiente, se presentó Wellman en el despacho del señor Piks.

—Le agradezco mucho, señor Piks—comenzó por decir el ingeniero—, que al dar la noticia

de la muerte de Brower no haya mencionado para nada el asunto del agua.

—No me agradezca usted nada, porque no lo he hecho por usted, sino por él. Sé respetar a los muertos.

Al mismo tiempo que encendía un cigarro, el ingeniero preguntó:

—¿Tiene usted algún indicio acerca de su muerte?

—Creo, sencillamente, que se trata de un suicidio.

De pronto, se abrió la puerta y apareció Felipe Harley.

Se acercó a la mesa y, encarándose con el señor Piks, le dijo en tono descompuesto:

—Yo creo en su integridad, señor Piks, y veo que también se vende.

—¿Qué impertinencia es ésta?—replicó severamente el director.

—Una impertinencia que se repite. Es usted un hombre que se deja sobornar. Le dije anoche que vi algo sospechoso en la muerte de Brower y ni una sola línea ha publicado usted sobre ello.

—¡Basta! No tolero insubordinaciones de nadie. Está usted despedido.

—¡Quiá! ¡No, señor! Antes de entrar aquí ya me he despedido de mis compañeros. Usted no me despide, sino que me voy yo. Ni aunque me pagara usted a peso de oro estaría yo a su lado.

Y arrojó sobre la mesa el número del "Post" que llevaba en la mano y salió de la Redacción.

En la puerta vió el auto de Wellman y, en el auto, a la hermana del ingeniero.

No pudo menos de mirarla, atraído por su belleza. También la noche pasada, cuando le abrió la puerta, se olvidó por un momento de todo para comprobar que no había visto jamás una muchacha tan linda.

La saludó. Ella contestó con una inclinación de cabeza.

Y preguntó en seguida:

—Está mi hermano en la Redacción de su periódico, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—¿Sabe usted si tardará mucho?

—Seguramente tiene usted para rato.

Pero el reportero se equivocó. Aun no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando apareció Wellman.

Wellman había seguido con atención la escena habida entre Harley y el señor Piks.

Y cuando el reportero salió de la Redacción se puso en pie y dijo con fina ironía:

—Es un muchacho enérgico ese Harley.

Y añadió, tendiendo a Piks la mano:

—Le dejo a usted, señor director. Repito mi agradecimiento.

Al ver que Harley hablaba con su hermana, se acercó a él.

—Amigo mío, me ha gustado mucho la comedia que han representado. Han estado ustedes muy en carácter. Recomendando al señor Piks que deje el periódico y se dedique a la escena.

Harley estaba desconcertado. No sabía qué decir.

—¿Por qué no deja usted el periódico de verdad y se viene conmigo? Necesito un agente de publicidad que sepa su deber. No quiero que

me conteste en seguida. Piénselo. Esta noche cenaremos juntos y hablaremos más despacio.

Apenas se alejó el auto, entró Harley en la Redacción.

—Señor Piks, hemos trabajado en balde. Wellman ha sido más listo que nosotros.

—¿Acaso se ha dado cuenta?

—De todo. Y muy finamente me ha venido a decir que por este sistema no le arrancaremos una palabra acerca de la misteriosa muerte de Brower.

—Nos va a ser difícil sacar nada en claro.

—Le advierto que me ha ofrecido una colocación a su lado.

—¿Qué dice usted?—exclamó Piks muy asombrado.

—Lo que oye. Quiere que sea su agente de publicidad.

—Entonces, es nuestro. Acepte usted el cargo que le ofrece, pero no olvide un momento que su verdadero trabajo ha de ser descubrir al asesino de Brower.

Aquella noche, Harley aceptaba el empleo propuesto por Wellman.

V

Ya se habían comenzado los trabajos en la presa cuando Wellman, Adriana y Harley llegaron a la rústica vivienda que tenían en la montaña, cerca de la obra.

Muy asombrado quedó Barker al ver que Harley acompañaba a su socio.

—¿Cómo se le ha ocurrido traer aquí a ese joven?

—Es muy inteligente y lo necesito—repuso el ingeniero brevemente.

Los días que siguieron fueron deliciosos para Harley. No buscaba a Adriana ni Adriana le buscaba a él, pero se encontraban siempre y siempre andaban juntos.

Recorrían el bosque y la montaña, las gargantas profundas y las altas cimas. Y visitaban la presa, ya muy adelantada.

—¿Verdad que es una gran obra? ¿Verdad que mi hermano es digno de admiración?

—Sí, su hermano es un genio de la ingeniería, pero yo le admiro más por tener una hermana como usted.

A Barker le desagradaba la intimidación que había nacido entre los jóvenes. Viéndoles un día juntos como siempre, dijo al ingeniero, con el cual estaba trabajando en la caseta:

—Ese muchacho ha de andarse con pies de plomo. En estas soledades suelen ocurrir accidentes...

Pero Wellman le interrumpió con energía:

—De ningún accidente debe ser víctima ese joven. ¿Entendido?...

Barker sonrió torcidamente.

—¿Empieza usted a sentir remordimiento?

Nada repuso Wellman, pero su semblante se ensombreció.

* * *

—¿Puede usted escucharme un momento, Adriana?

La joven se dirigía hacia la casa, donde Harley estaba trabajando.

Antes de que pudiera entrar, Barker, que, al parecer, la espiaba, la detuvo.

—¿Puede usted escucharme un momento, Adriana?

—Usted dirá.

—La conozco a usted desde niña. Hasta creo haberla tenido alguna vez en brazos... Han pasado los años y ya tiene usted edad para conocer mi secreto. La amo, Adriana.

Muy desconcertada quedó la joven ante la revelación. Fué inútil que pretendiera buscar las palabras adecuadas para responder.

Felizmente, en aquel momento salió Harley de la casa y la llamó, salvándola del compromiso.

Acudió Adriana al lado del joven, cosa que no dejó de contrariar a Barker, el cual gritó antes de marcharse:

—Piense usted en lo que le he dicho, Adriana.

* * *

Se terminó, al fin, la presa. Los obreros colocaban los barrenos en la barrera de rocas. Aquellas rocas saltarían en fragmentos y el agua del río hallaría por allí un nuevo cauce que la llevaría a la ciudad.

Una obra titánica. La consagración de Wellman como ingeniero. Gracias a aquella presa, una ciudad de un millón de habitantes tendría agua en abundancia.

Wellman estaba orgulloso de su obra y daba las órdenes oportunas para que todo estuviera listo al día siguiente.

Entretanto, Harley y Adriana se olvidaban del gran acontecimiento para pensar en el otro gran acontecimiento de su amor.

Charlando estaban, como siempre, en la hermosa soledad del bosque, cuando llegó Barker y, sin preocuparse de la presencia de Harley, preguntó a Adriana:

—¿Ha pensado usted en lo que le dije ayer?

—Sí—repuso Adriana gravemente—, y mi contestación es que no vuelva a pensar en ello.



—¿Ha pensado usted en lo que le dije ayer?

Al ver definitivamente perdida la deliciosa presa, se crisparon las manos de Barker.

—Buena jugada, Harley—dijo, sonriendo con sarcasmo—. ¡Ahí es nada! ¡Llegar hasta la fortuna de Wellman a través del corazón de su hermana!

Al oír el insulto, el joven se abalanzó sobre

el impostor y sólo Adriana pudo evitar que se llevara Barker su merecido.

Este no dejaba de mirar al periodista fijamente y con expresión que lo mismo podía ser risueña que amenazadora.

—Si estima usted su vida, joven, lo mejor que puede hacer es volver a la ciudad.



...Adriana pudo evitar que se llevara Barker su merecido...

Hizo bien en volver la espalda y alejarse en seguida. De lo contrario, ni Adriana habría podido detener a Harley.

* * *

Recurrió Barker a su último argumento, el más convincente de todos. Se fué en busca de Wellman y le dijo:

—¿Hasta cuándo va a durar ese “flirt” entre Harley y su hermana?

—Eso sólo les importa a ellos.

—Está usted muy equivocado, Wellman. Eso me interesa a mí más que a ellos. Amo a su hermana y necesito que me la dé usted por esposa.

El ingeniero se irguió. Podía transigir con Barker como colaborador en los negocios. Pero su hermana era algo mucho más puro y elevado que no podía mezclar con sus transacciones y, mucho menos, con aquel desaprensivo.

—¿Usted casado con mi hermana? ¿Usted?... ¡Salga de aquí inmediatamente! ¡Está usted despedido!

En otro momento, acaso se hubiera indignado Barker; pero ahora tomó el desplante por el lado cómico y se echó a reír.

—¡Me ha hecho gracia, hombre!... ¡Despedirme a mí!... ¡Déjeme que me ría!

Y, entre nerviosas carcajadas, se dirigió a la puerta y salió, dejando a Wellman pensativo, pero no amedrentado.

VI

Estaba Harley escribiendo al señor Piks, cuando recibió una carta de él. En ella, el director censuraba la conducta del reportero.

“Lo único que hace usted—decía la carta, entre otras cosas—, es hablarme entusiásticamente de Wellman, cosa que me interesa muy poco. No olvide que está usted ahí para averiguar quién mató a Brower.”

Harley dejó la carta sobre la mesa y continuó escribiendo la suya como ya la había concebido. Asistía la razón al señor Piks, pero no por eso iba él a faltar a la verdad.

Corrían sus manos sobre el teclado de la máquina cuando entró Barker.

Harley oyó su voz y contestó al saludo sin volverse. No le interesaba lo que el odioso Barker pudiera decirle.

Pero he aquí que Barker no decía nada. Sin duda, se había detenido, porque tampoco oía sus pasos. No por prevención, sino por curiosidad, se volvió y vió que Barker estaba detrás de él, leyendo descaradamente la carta del señor Piks.

Cogió el papel de un zarpazo, pero en seguida se dió cuenta de que era demasiado tarde.

Barker le miraba con su acostumbrado cinismo y le obsequiaba con una de sus repugnantes sonrisas.

—¿Con qué derecho se mezcla usted en mis asuntos particulares?—exclamó Harley, dispuesto a todo.

—Con el derecho del que sospecha que en su casa hay un espía. Debería estrangularle, pero me he levantado de buen humor e incluso le voy a ayudar. ¿Desea usted saber quién mató a Brower? Pues pregúnteselo a Wellman. El, mejor que nadie, se lo puede decir.

—¡Eso es una injuria!—replicó el joven.

Pero era lo cierto que la idea inspirada por Barker se le había clavado en el corazón y en el pensamiento.

* * *

Tomó en el acto una determinación. Se fué en busca de Wellman y le dijo:

—Señor Wellman, es hora de que sepa usted la verdad. El periódico a cuya Redacción sigo perteneciendo me mandó aquí para averiguar quién ha matado a Brower.

—¿Y por qué me lo dice usted? — replicó Wellman sin alterarse—. Su obligación era seguir callando.

—No puedo callar por dos motivos: porque le estimo a usted y porque amo a su hermana.

Nada expresaba el semblante de Wellman; nada expresaron sus labios.

—Barker me ha dicho que usted, mejor que nadie, sabe quién mató a Wellman. ¿Es eso verdad?

—Sí—repuso Wellman fríamente—. Le maté yo...

—¡Imposible!

—Le maté yo... Pero no fué un asesinato, sino un accidente.

Y le explicó en dos palabras todo lo que ocurrió la noche famosa.

Harley estaba muy emocionado. Cuando el ingeniero terminó de hablar, se apoderó de su mano y le dijo, mientras se la estrechaba:

—Le creo, señor Wellman. Le creo y le ayudaré.

* * *

—Acabo de revelar a Harley toda la verdad.

—¿Le ha creído?—preguntó Barker.

—Sí.

—Le felicito. Ha alejado usted un peligro, acaso el mayor.

Y añadió lentamente:

—Pero le queda a usted otro...

—No me sorprende. Lo tenía previsto. Ese segundo peligro es usted, ¿verdad?

—Exactamente. Y ya sabe usted cuál es el precio de mi silencio: la mano de su hermana. Esta vez no se indignó el ingeniero.

—Dentro de una hora venga usted a verme a la caseta de la presa. Habré meditado ya mi contestación.

Se dirigió inmediatamente a la casa.

Halló a Adriana entre los brazos de Harley. Era el primer beso, pacto de amor que Wellman sabía noble y firme.

Llamó a Adriana y acudieron los dos.

—¿Le quieres?—preguntó a su hermana.

—Después de ti, más que a nadie en el mundo.

El ingeniero la rodeó con sus brazos y la besó en la frente, en las mejillas, en el cabello. No se saciaba de besarla.

—Vete, Adriana. He de hablar a solas con Harley—dijo después.

Obedeció la joven y Wellman cogió al periodista del brazo.

—Mi hermana le quiere, Harley. Eso prueba que no me equivoqué al formar de usted un buen juicio. Seréis felices. Los dos valéis mucho... Y ahora, ahí va una gran noticia. Regalo la presa a la ciudad y toda mi fortuna a mi hermana. Ya lo tengo todo arreglado.



—Después de ti, más que a nadie en el mundo.

—Pero ¿y usted?—exclamó Harley sin comprender las intenciones de Wellman.

—Yo... quiero seguir trabajando.

Y fué inútil todo cuanto el joven hizo para averiguar la causa de tan extrañas determinaciones.

* * *

La caseta de la presa estaba en el cauce por donde habían de pasar las aguas al romperse la barrera de rocas. Los hilos de los barrenos tenían allí el resorte que provocaría la explosión general. Las aguas tardarían más de diez minutos en llegar hasta la caseta, tiempo más que suficiente para salir de ella y del cauce.

En ella estaba el ingeniero media hora después y, transcurrida otra media, llegó Barker.

—¿Ha meditado usted la respuesta?

—Síntese. Hablemos con calma.

—No quiero perder más tiempo. No quiero esperar más. ¡La contestación o le mato!

Entonces advirtió Wellman que Barker llevaba la mano en el bolsillo y que la punta de la americana se levantaba hacia él.

—Deje ese revólver, Barker. Si me mata usted entonces sí que no habrá medio de hacer que mi hermana le quiera.

Al mismo tiempo, su mano se había deslizado al suelo.

Un estampido formidable que hizo retumbar la caseta y todo el valle sobresaltó a Barker hasta el punto de hacerle dar un tremendo salto.

Este estruendo fué seguido de otro menos agudo, pero más intenso. Fué como si el mundo se hundiera, como si las montañas se desmoronasen.

Miró Barker fijamente a Wellman.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó con ojos desorbitados por el terror.

Wellman permanecía impassible.

—Nada. Que han saltado las rocas que cerraban el paso a la corriente. Acabo de tirar de los hilos de los barrenos.

Barker permaneció un instante reflexionando. No se daba cuenta del peligro. Su aturrido pensamiento tardó unos segundos en comprender que las aguas del río se precipitaban hacia la caseta, arrollándolo todo.

Entonces corrió hacia la puerta. Pero el ingeniero, en un salto de tigre, cayó sobre él.

—¡Déjeme salir!—imploró Barker aterrado—. ¿No comprende que estamos en el cauce y las aguas nos arrollarán?

—Eso es lo que pretendo. Vamos a purgar los dos nuestros delitos. Yo fui el culpable de la muerte de Brower. Tú no has hecho nada bueno en toda tu vida. ¡Y aun querías manchar a mi hermana, a lo más santo, a lo más noble que existe!... Esta es mi respuesta, canalla.

Fué inútil que Barker luchara por desasirse de los brazos de Wellman, fué inútil que suplícara.

Comenzó a oírse el fragor de las furiosas aguas. El rumor fué haciéndose cada vez más amplio e imponente. Por la ventana vió Barker el espumajante torrente que avanzaba abatiendo las rocas y arrancando árboles de cuajo.

Un segundo más y ya no vió nada. La caseta crujió y saltó hecha astillas. Se sintió lanzado como un muñeco por el brazo de un gigante, se sintió arrollado y aplastado.

.

.

Se habló de un accidente. La desgracia retrasó la boda de Adriana, pero pasó el tiempo, fueron cayendo los velos del olvido y comenzó una era de felicidad para los jóvenes esposos Harley.

F I N

Ha sido revisada por la Censura

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

Recuerde usted:

Los Cosacos

por John Gilbert

La copla andaluza

producción española

¡Gran acontecimiento!

Éxito sin precedentes en las
selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinemato-
gráfica de los asuntos

Cristina, la holandesa

**¡Viva Madrid,
que es mi pueblo!**

(2.ª edición)

Y

Sombras blancas

recientemente publicadas

Precio: 1 peseta

¡Siempre lo mejor!

